

DESDE EL COLUMPIO

Tomás era menudo, delgado, aunque parecía ágil y fuerte. Solía llevar un cigarrillo entre los labios, a veces apagado, mientras realizaba sus tareas. Vestía como los hombres del campo: boina negra y pantalón de pana muy gastado. Sus manos eran grandes y curtidas, acostumbradas al duro trabajo y al poco cuidado. Sus uñas, así como los dientes que conservaba, amarilleaban por la nicotina. Esta peculiaridad de su aspecto me produjo una especie de repugnancia que hizo aflorar un desasosiego antiguo, asociado a su persona, en cierta manera olvidado.

LA PLAYA

Una tórrida tarde, típica de los veranos mediterráneos, salí al jardín dispuesta a pasar las horas de la siesta bajo un olivo viejo que había en la puerta de la casa con cualquier trivial revista para entretenerme y un buen café con hielo. Las cigarras elevaban su canto hasta entumecerme los oídos y al oírlas me preguntaba si aquel sonido era una alabanza a la árida naturaleza o, por el contrario, un canto de agonía. Una sensación de calor proporcional a la intensidad del canto de tales insectos se iba apoderando de mí. A veces dormitaba, a veces leía y a veces, simplemente, dejaba correr las horas a su antojo y que el pensamiento deambulara a su libre albedrío.

Oí unos pasos, afuera, en la calle y entreabrí los ojos para descubrir al valiente que osaba asomar la nariz a esas horas bajo el sol abrasador. Un hombre de delgada figura y tez bronceada, oculto bajo un sombrero de paja, caminaba con paso ligero hacia la playa.

AGUAS SERENAS

Preparó la sopa como a él le gustaba. Cuando la probó, no se sintió segura del resultado, quizá un poco salada y el caldo algo espeso, demasiados fideos tal vez, poco color. Si le añadía agua solucionaría, en parte, el espesor y el exceso de sal, eso y un poco más de azafrán sería suficiente para dejarla en su punto. Tras el esfuerzo y la concentración, tuvo que sentarse un momento para recobrar el aliento. Otra vez ese agobio, ese maldito vacío en la boca del estómago. Siempre esa constante preocupación por pequeñeces, cualquier acontecimiento, por nimio que pareciera, era suficiente para atormentarse.

DIARIO DE VEGA Y JONÁS

El paisaje, ajeno a nuestras desgracias, se resiste a sucumbir. El amarillo de las margaritas y el rojo de las amapolas decoran los valles que atravesamos, y algunos árboles frutales nos dan su bienvenida regalándonos sus frutos para saciar el hambre. Pero la mayoría de los campos están sin cultivar, abandonados y yermos, sólo en zonas muy protegidas de la intemperie y donde hay suficiente agua, los cultivos brotan sin la ayuda del hombre.

LA MUJER DEL TREN

Alguien, a quien apenas miré, entró en el compartimiento y se sentó frente a mí. Era una mujer de cierta edad que saludó amablemente mientras me miraba con cierto descaro. Yo no tenía muchas ganas de hablar, así que correspondí a su saludo y volví a perderme en la lejanía del paisaje. Pasaron unos minutos y su voz volvió a sacarme de mi ensimismamiento, "hace una tarde triste",

EL RINCÓN DEL BAR

A la mañana siguiente la volvió a ver. Era temprano y las gaviotas todavía graznaban sus lamentaciones al sol que nacía. Caminaba en dirección contraria a la tarde anterior y aunque esta vez su cabello estaba recogido en una cola de caballo y su ropa era distinta, la sensación fue la misma. Manu, como lo llamaban en casa, había abierto todas las ventanas del bar para que entrara el aire fresco y su aparición volvió a llenarle el alma.

EL OTRO LADO

Caminó hasta Schlosstrasse. Al fondo contempló con ternura la majestuosa fachada del palacio, tras los árboles casi desnudos, con sus tejados verdes blanqueados por una capa de hielo. Adoraba aquella estampa tantas veces contemplada. Pero aquella mañana, todo parecía diferente, algo en el ambiente la alarmó. Se percibía más movimiento de lo habitual. Vio a gente por las aceras conversando, el bullicio era excesivo para esas horas. Pensó que, posiblemente, su reloj se había atrasado y era más tarde de lo que pensaba. Un coche pasó a su lado muy despacio, llevaba la radio puesta muy fuerte y la conductora parecía escuchar con atención. Intentó oír lo que decía, pero su sordera empezaba a jugarle malas pasadas.

AURORA

Fue mientras se incorporaba de nuevo al camino desde el río cuando le pareció oír un leve crujir de ramas, como pisadas sobre el suelo del bosque, amortiguadas por el sonido de la corriente. No se volvió a mirar, la atemorizaba lo que pudiera encontrar, y sin levantar la mirada del suelo, siguió por el sendero que la sacaría de la maleza. No sabía si animal o humano pero lo que fuera que allí había, la observaba, lo sintió clavado en su espalda que se puso rígida como el tronco de un chopo.

EL FUNERAL

Atrapé un sueño que se escapaba conforme recobraba la vigilia: una pelota de plástico a rayas rueda sobre las agujas secas que caen de los pinos y yo corro tras ella. A lo lejos veo a mi madre que habla con un hombre, sentada en el porche de una casa de campo. La pelota se aleja, se aleja, y yo con ella, hasta que dejo de verlos y eso me angustia. Miro hacia arriba y oigo rugir las copas de los árboles, ese sonido ancestral que producen los pinos cuando los mece el viento.

EN UN LUGAR DEL SUR

César se quedó un rato más en el jardín, disfrutando del fresco de la noche, ajeno a las inquietudes de Elisa. La luna llena lucía alta y cubría el campo con un manto blanco de tul. Los cubitos que refrescaban su copa de ron tintineaban rompiendo apenas el silencio. Pensó en Elisa y la imaginó cálidamente dormida, la luna en el balcón iluminando su piel bronceada. Acabó la copa, se levantó y subió las escaleras despacio, relajado, dejándose llevar por aquel ambiente dulce y sensual, y se acostó junto a ella. César se quedó un rato más en el jardín, disfrutando del fresco de la noche, ajeno a las inquietudes de Elisa. La luna llena lucía alta y cubría el campo con un manto blanco de tul. Los cubitos que refrescaban su copa de ron tintineaban rompiendo apenas el silencio. Pensó en Elisa y la imaginó cálidamente dormida, la luna en el balcón iluminando su piel bronceada. Acabó la copa, se levantó y subió las escaleras despacio, relajado, dejándose llevar por aquel ambiente dulce y sensual, y se acostó junto a ella.